

Crónica de un pueblo herido, sostenido por la esperanza

El pueblo de Aljaraque se despertaba el lunes sumido en un silencio denso, un silencio que no nace de la ausencia de palabras, sino del peso insoportable del dolor. Un dolor que atraviesa las calles, los hogares y, de manera muy especial, el corazón de toda la comunidad parroquial. Hoy lloramos como pueblo y como vecinos de Aljaraque y como familia creyente.

La tragedia ha golpeado con una dureza que cuesta comprender. Una misma familia ha quedado rota para siempre: padre, madre, su hijo de tan solo diez años y un sobrino han perdido la vida. Solo su hija, una niña de seis años, logró salir por sus propios pies, llevando en su fragilidad infantil una herida que nunca podrá borrarse del todo. Su vida, salvada entre el caos y el horror, se convierte ahora en un grito silencioso que nos interpela a todos.

También lloramos a dos funcionarios de prisiones, hombres comprometidos, preparadores de oposiciones, que habían acompañado con generosidad a jóvenes discípulos suyos. Su viaje a Madrid, vinculado tanto a su futuro profesional como a su implicación en la pastoral penitenciaria, se ha visto truncado de manera trágica. Su vocación de servicio, vivida con discreción y entrega, permanece ahora como testimonio sembrado en la tierra del dolor.

El golpe alcanza igualmente a una madre y a su hija, procedentes de Isla Cristina, vinculadas a la vida parroquial, rostros conocidos, presencia cercana. Y a una familia de Corrales, tan nuestra: padre e hijos heridos, la abuela, residente en Huelva, fallecida. Los veíamos cada domingo en nuestra parroquia, compartiendo la Eucaristía con sencillez, trayendo a sus hijos de la mano, sembrando fe en lo cotidiano. Hoy su ausencia duele como duele la pérdida de lo amado.

También encomendamos al Señor a **dos funcionarios de prisiones**, compañeros cercanos del **P. Emilio**, responsable de la Pastoral Penitenciaria. Eran hombres comprometidos y generosos, **preparadores de jóvenes que se presentaban a las oposiciones**, a quienes habían acompañado personalmente hasta el mismo día del examen. Aquel viaje a Madrid, cargado de esperanza y responsabilidad, por el futuro profesional de sus alumnos, quedó dolorosamente interrumpido. Su vida, marcada por una vocación de servicio queda ahora como testimonio que no se pierde y que da fruto en quienes caminaron junto a ellos.

Nuestro pueblo de Aljaraque está desolado. No hay palabras suficientes para nombrar tanta amargura. Solo lágrimas, abrazos entrecortados, miradas que se buscan sin saber qué decir. Sentimientos de impotencia, de rabia, de tristeza profunda. Y, sin embargo, en medio de esta noche oscura, la fe no se apaga.

Como comunidad creyente, no nos resignamos al vacío. Acompañamos este dolor con nuestra oración confiada al Dios de la misericordia, al Dios que no es ajeno al sufrimiento humano, al Dios que en la cruz de su Hijo ha cargado con todas nuestras muertes. En Él ponemos los nombres de quienes han partido y las lágrimas de quienes quedan.

Hoy Aljaraque llora, pero llora unido. Lloro con esperanza. Porque creemos que el amor es más fuerte que la muerte, y que Dios sabrá transformar este inmenso dolor en vida, en consuelo, en promesa de resurrección. Mientras tanto, caminamos juntos, sosteniéndonos unos a otros, como pueblo herido, pero no vencido, abrazados a la fe que nos mantiene en pie.